

## **Prólogo a la primera edición: La práctica del aborto, una piedra de toque**

Cuando la opinión pública sufre un bloqueo acerca de cuestiones decisivas para la vida humana, debemos pararnos a reflexionar. Hoy nos parece increíble que durante siglos en los que se desarrolló el pensamiento filosófico, se descubrieron nuevos continentes, se pusieron las bases de una economía próspera, se deslumbró al mundo con las creaciones artísticas..., los hombres se hayan esclavizado unos a otros, y se haya aceptado socialmente tal práctica. Dentro de unos años se dirá algo semejante del hecho de que en los siglos XX y XXI no hubiera una rebelión social contra la práctica indiscriminada y masiva del aborto. Cuando los libros de Historia relaten que sólo en Europa fueron sacrificadas a lo largo de 25 años veinte millones de vidas humanas, nuestros descendientes se negarán a creer que sus ancestros hayan sido protagonistas de semejante atrocidad.

Debemos apresurarnos a salir de este estado de adormecimiento moral. Hoy se piensa, a menudo, que estamos ante algo inevitable. Un partido político despenaliza por ley el aborto cuando se dan tres supuestos: daño físico o psíquico de la madre, malformación del feto, violación. Bajo el amparo de dicha ley se cometen múltiples abusos, y un Gobierno sedicente progresista no sólo no pone coto a los desmanes de ciertas mal llamadas clínicas, sino que promulga una nueva ley para considerar la práctica del aborto como un "derecho" (¡) de las mujeres.

Ciertos abusos escalofriantes conmovieron durante unos días a la opinión pública. Pero tal conmoción no amenguó un ápice las posibilidades destructivas de quienes convertían en negocio el dolor y la zozobra de

vida de los demás.

El día 20 de diciembre de 2013, el Consejo de Ministros del gobierno popular aprobó un Proyecto de Ley que reforma la vigente ley socialista del aborto –la calamitosa “Ley Aído”, de 2010–, que llega al extremo de considerar como un *derecho* de las madres la práctica abortiva libre dentro de un determinado plazo y permitir a las jóvenes de 16 años abortar sin consentimiento paterno. A ella me refiero cuando hable de “la ley actual”.

Es obvio que esta ley necesitaba una urgente reforma. Ya desde el título mismo (“Ley orgánica para la Protección de la Vida del Concebido y de los Derechos de la Mujer Embarazada”) la llamada “Ley Gallardón” prometía cambiar la actitud de abierta hostilidad hacia el concebido no nacido por otra de defensa del *nasciturus* y de protección de las madres menesterosas. A pesar de ello, la oposición se lanzó al ataque con los ojos cerrados, sin el menor propósito de dialogar con el Gobierno en orden a una posible mejora de la redacción de dicho proyecto. Lamentablemente, este proyecto de ley fue retirado por el Gobierno en el año 2014, con el pretexto de no haber conseguido un amplio consenso con los grupos de la oposición. Parece ignorar que, en cuestiones decisivas –como son las que afectan a la vida–, los gobiernos están obligados a legislar con la debida celeridad, sobre todo cuando disfrutan de mayoría absoluta. No es el consenso el que avala sus decisiones, sino la virtud de la justicia. Se basta ella sola.

En este penoso momento de indecisión se torna todavía más necesaria la labor de clarificación que realizo en este libro, escrito para quienes aprecian el valor de la verdad del ser humano e intentan asumirlo en su vida. Esta polémica, ya iniciada en los medios y las redes sociales, será sin duda una piedra de toque

tantas madres desorientadas. Voces aisladas exigieron que se vigile el cumplimiento de la ley, pero apenas hubo quien proclamara abiertamente la necesidad de desterrar la práctica de abortos programados industrialmente. El aborto debería ser, en nuestra sociedad, una práctica del todo excepcional, un recurso extremo reservado a casos muy contados y bien regulados.

Hoy sabemos que esta práctica masiva del aborto no sólo quebranta el derecho básico de multitud de vidas segadas prematuramente; supone la condena de miles y miles de madres a la angustia que implica el llamado "síndrome postaborto". ¿Cómo es posible que no reaccionen las sociedades, incluso las más avanzadas culturalmente, ante algo que constituye una "catástrofe humana", término aplicado por un escritor de Europa oriental a las cuantiosísimas pérdidas humanas de la Segunda Guerra Mundial? Una de las causas, perfectamente estudiada, es la trama de razones pseudo-intelectuales que se ha ido tejiendo día a día para cubrir, como un velo, tan impresentable práctica. Esta trama de sinrazones es la que intentaré ir mostrando, capítulo a capítulo, a través de breves análisis que el amable lector podrá compartir y ampliar con su propio talento.

No se trata de análisis políticos sino filosóficos y filológicos, dirigidos a clarificar -del modo más sencillo posible- el verdadero sentido de cuanto se dice y hace en torno al aborto. Mi finalidad no es atacar a personas o grupos, sino aclarar las ideas, para que los hechos queden patentes ante la vista, sin sofismas que los oculten ni manipulaciones que los tergiversen. Sólo deseo que el lector logre verse confrontado de forma totalmente lúcida con uno de los acontecimientos más cuestionables de nuestra época. Vale la pena dedicarle un poco de nuestro tiempo, porque se trata de la vida de unos y del sentido o el sinsentido de la

para ver si la sociedad actual se halla, en buena parte, enneguecida para los grandes valores humanos.

El texto de esta edición ha sido ampliado respecto al que figura en forma de ebook.

Madrid, enero 2014

## Introducción

### I

#### EL RESPETO INCONDICIONAL A LA VIDA

Cuanto más elevada, prodigiosa y enigmática se nos muestra la vida humana, tanto más admirable es el respeto a la misma y tanto más abismalmente reprobable es el desprecio que alguien sienta hacia ella.

Se había logrado hace unos años un gran avance en el respeto a la vida del ser humano. Se llegó a sentir horror ante el hecho social de la esclavitud. Muy lentamente se fue aboliendo la pena de muerte en muchos países, y este avance fue celebrado casi unánimemente en multitud de países. *Esto sí que constituyó un verdadero progreso.*

Pero de golpe, como si nos hubiera dado un ataque de locura colectiva, nos encontramos con la aceptación social de la práctica generalizada del aborto, considerada increíblemente como «un derecho de cada madre». Y ahora nos hallamos inermes ante el espectáculo incalificable de millones de inocentes sacrificados al año en países considerados como civilizados. *Esto sí que es un bochornoso regreso.*

Cuando presenciamos, atentos, un reportaje científico sobre la formación de la vida humana, quedamos sobrecogidos. Qué sabiduría prodigiosa debe de estar operante en los orígenes de la vida para que sea posible el portento de que un hombre y una mujer, aun ignorando los rudimentos de la biología, se dan un abrazo de amor, y, al cabo de unos meses, sin la menor intervención suya, nace un ser que va a poder oír, ver, hablar, conocer, amar, anhelar, crear una familia, dar vida a nuevos seres, educar a niños en los centros escolares, ayudar a las gentes a dotar de senti-

do sus vidas, y mantener relaciones de amistad con el «Padre amoroso que habita más allá de la carpa de las estrellas», como cantó Beethoven en su excelsa Novena Sinfonía.

Ese ser diminuto, con más células que las estrellas del firmamento y dotado de un cerebro que maravilla a los científicos es descartado a diario en lugares asépticos, fríos, movidos por una actitud egoísta y muy poco corazón.

Se ha intentado justificar tamaña osadía con unas u otras razones. Una a una las fui desautorizando en el libro que ahora reeditamos: «Las sinrazones del aborto». Para seguir realizando esas prácticas destructivas con un mínimo de tranquilidad interior, tendrían los proabortistas que neutralizar mi libro con bien fundadas razones en contra. Me gustaría invitarlos a un diálogo para buscar la verdad en común. Pero no se ocupan de ello. Dan por hecho de que es justificable lo que permiten que se haga. Y las cifras de lo que se está haciendo son escalofriantes. Sólo en España llegamos a una cifra aproximada de 800.000 abortos, perpetrados en los ocho años que median entre las dos ediciones del libro.

Pensar en esto me entristece sobremanera, y me recuerda, por contraposición, una vertiente bien distinta de mi vida, a la que ruego se me permita aludir brevemente. Yo soy el quinto hijo de una familia de seis. Nos criamos con estrecheces, pero con lo necesario para vivir y hacer una carrera con objeto de ser útiles a la sociedad y ganarnos la vida... No teníamos jerséis de marca, pero los sencillos que vestíamos nos abrigaban el cuerpo y el alma, porque los habían tejido a mano –en los atardeceres lluviosos de Galicia– mi madre y mis hermanas mayores. Nos sentíamos con ello abrigados y acogidos, con un tipo de abrigo muy singular, porque nos llegaba muy adentro. Hoy bendecimos la

memoria de quienes nos dieron la vida y nos procuraron alimento, vestido y formación.

Queridos amigos, si respetamos la vida incondicionalmente, no nos equivocaremos nunca. Un día recibí una visita de un hombre de alta condición social, celoso –con razón– de conservar su dignidad y el prestigio de su familia. Muy apesadumbrado, me contó que acababa de tener el mayor disgusto de su vida: su hija, una joven estudiante universitaria, le confesó que estaba embarazada. Él, mudo de asombro, le señaló la puerta de la casa, y ella se fue. Hacía de esto una hora. Mis palabras fueron rápidas y seguras.

–«Amigo, comprendo su situación, pero le aconsejo que vuelva a casa y averigüe rápidamente el paradero de su hija, para pedirle que vuelva con su familia».

–«¿Usted me aconseja eso?», me dijo, entre sorprendido y algo indignado.

–«Sí, le respondí. Usted tiene en sus manos el porvenir de dos vidas, y eso es algo sagrado. Su hija cometió un fallo, sin duda, y no merece por ello muchos mimos. Pero su vida como persona corre peligro; no se la puede empujar hacia no se sabe qué despeñaderos. El amor a su vida futura ha de ser en usted *incondicional*. No se arrepentirá nunca de hacerme caso. La vida no se la debe posponer a nada: ni al prestigio de la familia, ni a la ordenada marcha de la vida cotidiana. Todo puede y debe supeditarse a la seguridad de la vida de su hija. Piense en la doble zozobra que habrá tenido ésta últimamente: su inesperada maternidad y la necesidad de revelársela a ustedes. Si ahora no advierte que el hogar es el lugar donde se nos acoge por ser quienes somos, no por ser lo que somos o hemos hecho, puede ser para ella, en su corta edad, una experiencia destructiva.

El buen hombre, tras unos instantes de lucha interior, me dijo:

—«No sé qué oponer a sus palabras, aunque contrarían mis impulsos actuales... Buscaré a mi hija».

Yo me quedé pensando: «Mejor así. Cuando se extingue en nosotros la estima incondicional a la vida, perdemos uno de los ejes de nuestra existencia, y nos desquiciamos».

## II

### NECESIDAD DE UN «PENSAMIENTO FUERTE»

Desde que publiqué el Prólogo a la primera edición de este libro tuve la oportunidad de publicar una trilogía sobre las inmensas posibilidades creativas que tiene la persona humana cuando se la analiza con un pensamiento abierto, dialógico, adecuado a las realidades que en la mejor Antropología contemporánea se vienen denominando seres «inobjetivos —en alemán: «ungegenständliche—, donantes de posibilidades creativas, y que yo suelo denominar «ámbitos».

Dejando esto de lado, incomprensiblemente se ha venido destacando la importancia del llamado «pensamiento débil». Muy débil e inconsistente debe de ser el pensamiento puesto en juego en los últimos años para que gobiernos autodenominados «progresistas» nos estén atiborrando con leyes precipitadas, a medio pensar, incapaces de someterse a una confrontación serena con personas bien formadas.

Convendría que no olvidáramos varios datos decisivos:

1. El término «progresista» ha sido convertido en un término «talismán» para enaltecerlo sin la menor razón. Por su origen latino («progredere»), progresar significa «ir hacia delante». Derivadamente, se utilizó para indicar el hecho de «me-



orar» en algún aspecto. Por ejemplo, durante siglos se sometió a ciertos pueblos al escarnio de la esclavitud. Personas y grupos pusieron su talento y su buen corazón en el empeño de acabar con semejante lacra, y a punto estamos de conseguirlo a nivel mundial. Casi unánimemente, hoy se piensa que esto supuso una mejora en la actitud moral de la humanidad. Por tanto, un verdadero «progreso».

2. Actualmente, cuando la ciencia está mejorando de día en día los medios para aliviar en el aspecto físico y psíquico el dolor que causan a los mayores las grandes renunciaciones y los inevitables achaques, vienen los actuales «progresistas» a mejorar ese turbio horizonte de penurias adelantando el día y la hora de su duración. Los afectados por semejante tipo de progreso están huyendo de los hospitales patrios para refugiarse en los extranjeros más cercanos. Algún médico notable de uno de esos países dedicó unos minutos de “pensamiento fuerte” (sólido, bien fundamentado) a este asunto y no habló precisamente de «progreso», sino de «un crimen de lesa humanidad».
3. No debemos olvidar que vivimos en Europa, y la vida de sus gentes está marcada por una tradición muy exigente en cuanto al pensar, al discernir y al decidir. Para hacerlo con el debido rigor, debemos conocer a fondo los conceptos decisivos y no tergiversar su sentido con fines manipuladores. Después de escribir tres libros -uno muy amplio y rico en análisis- sobre la manipulación y sus ardides, me siento autorizado a afirmar que la tergiversación manipuladora de conceptos está dañando muy seriamente la vida ética en todos los estratos de nuestra sociedad.

Ningún niño, ningún joven debiera salir de las aulas sin saber a punto cierto qué significa manipular, quién manipula, para qué lo hace y qué medios moviliza para ello. Y todo ello finalizado con un buen «antídoto contra la manipulación».

Si unimos la pérdida del respeto a la vida humana con el uso desmadrado del concepto de libertad –se habla usualmente de «la libertad», como si sólo hubiera una forma de libertad, y ésta se identificara con la libertad de maniobra o de libre arbitrio–, se comprende uno de los fenómenos más injustificables de la vida actual: la aceptación social del aborto.

Es cierto que a veces la gestación de una nueva vida puede plantear problemas serios a las jóvenes. Pero, afortunadamente, las sociedades actuales poseen recursos suficientes para hacerles frente. Todo menos el recurso primitivo al aborto.

El que conscientemente pone los medios para generar una nueva vida humana, debe saber que «pisa terreno sagrado». «Sagrado», porque dar vida a una persona –capaz de enriquecerse mediante la creatividad e incluso trascenderse mediante la fe– es un acontecimiento que nos remite al mundo enigmático de los orígenes.

Madrid 11 febrero 2023